

Educación Católica y Marxista

Por el Pbro. J. V. P. Sarmiento

Resumen de la tesis que para el doctorado en Teología sostuvo el pasado año en el Grand-Seminaire de Montreal, Canadá, el Rdo. F. Pbro. D. T. V. P. Sarmiento, de la Arquidiócesis de San Salvador.

Siempre ha sido actual el problema de la educación. El movimiento progresivo y universal del hombre hacia el término final de su existencia, no ha perdido nunca un solo punto en su interés histórico, filosófico y religioso. Más aún: ha crecido en proporciones descomunales a medida que se han multiplicado los hombres y ha progresado la ciencia. Modernamente el problema de la educación se ha complicado dolorosamente por causa no sólo de las necesidades de la época sino también, y sobre todo, por causa de las doctrinas revolucionarias que se han esparcido por el mundo en el afán de arrancar al hombre lo más sagrado de su naturaleza y desviarlo de su marcha hacia Dios.

El hombre no es un ser abandonado

La tesis en cuestión desarrolla largamente el concepto abstracto de la educación en sus relaciones con el dogma católico y con la doctrina de Marx, tomada también esta última en su aspecto más general e ideológico, sin descender a descripciones detalladas ni de las organizaciones de los educadores comunistas ni del verdadero sistema de educación cristiana en sus diversas aplicaciones y métodos. La posición es, pues, preferentemente especulativa y metafísica. Las siguientes palabras de un documento pontificio (AAS v. 22, pág. 51) la resumen y la explican magníficamente:

El mundo no ha sido abandonado a su propia contingencia ni al capricho de los hombres. El mundo ha sido elevado y restaurado por Jesucristo Redentor y por eso la tesis de la educación no puede plantearse sino dentro de la concepción católica del universo y en orden a nuestra finalidad sobrenatural. "No puede darse una verdadera educación sin que vaya totalmente ordenada a la consecución del fin último, y por tanto en el presente orden de cosas instituido por la divina providencia, en el que Dios se nos ha revelado a sí mismo por medio de su Unigénito que es el único "camino, verdad y vida", no puede darse una verdadera y perfecta educación fuera de la cristiana".

Lo que dice la Iglesia

Conjunción magnífica de lo natural y de lo sobrenatural, de lo divino

y de lo humano, la Iglesia injerta en el concepto de educación ya naturalmente dinámico y sugestivo, una vitalidad nueva y un movimiento más recto y más poderoso hacia el fin último del hombre. Se fundamenta con solidez en una concepción grandiosa dogmático-filosófica del hombre y del universo, abarca al hombre en la totalidad armónica de sus facultades internas y de su evolución histórica, remonta su vuelo hacia un término lejano y superior, pero perfectamente accesible que descubre y anuncia la religión revelada, y señala medios eficaces, que si bien piden del hombre una sumisión humilde y confiada a una acción de Dios más inmediata y más constante, por lo mismo le elevan y le conducen más seguramente al objeto último de todas las apeticiones y al punto quieto donde finaliza el proceso del movimiento educativo.

Así la Iglesia viajera de 20 siglos, experta conductora de las voluntades humanas, censora autorizada de las filosofías, legisladora universal de los pueblos y depositaria fidelísima de las verdades reveladas, plantea resueltamente la tesis de la educación en la encrucijada de estos tres caminos: la ética, la metafísica y la religión. Y negada en este punto la tesis católica no queda al adversario más que un movimiento regresivo a la inmoralidad, a la irreligión y al absurdo.

La educación del hombre es un movimiento integral, ordenado y perfecto. Un desarrollo que envuelve necesariamente una lucha contra los enemigos del interior (desequilibrio pasional, efecto del pecado original) y contra los del exterior: las circunstancias y los hombres, como individuos y como sociedad, en cuanto puedan oponerse a la realización del orden moral con torcidos criterios y ordenaciones indignas de obedecerse.

La educación es un trabajo doloroso y meritorio. Una obra de arte, lenta y difícil pero hermosa y obligatoria, llevada a cabo por dos artistas que trabajan juntos en la actual economía del mundo redimido: Dios y el hombre, la gracia sobrenatural y el libre albedrío.

El término final de este trabajo que comienza en la cuna y termina en el sepulcro, es la glorificación del Dios y la felicidad perfecta que al mismo tiempo constituye el grado sumo de la perfección del hombre. Y el fin inmediato la evolución y liberación de la humana personalidad.

Esta definición de educación es, como se ve, altamente metafísica, porque estriba, toda ella, en la relación de dependencia absoluta que tiene la creatura para con su Creador. Es engrandecedora y sublime porque hace del hombre una entidad superior al mundo que le rodea, le supone dotado de una libertad respetada por el mismo Dios y lo concibe optimistamente como un ser capaz de muy elevada perfección.

Es, finalmente, un concepto religioso, porque abarca a la creatura racional en la totalidad de sus deberes y le hace tributar a su Señor un culto integral y grandioso del que no está exento ningún hombre, en ningún momento de su vida.

Luego nunca ni educando ni educador (la tesis prueba que todos los hombres son educados) nunca pueden decir "basta" en el proceso evolutivo de la educación. Esta admite en verdad, diversos estadios de perfección y métodos de conformidad con los temperamentos, profesiones, edades y países, pero mientras no termina la lucha de la existencia siempre hay por encima de nuestras frentes un peldaño más que es necesario subir. "Lucha valiente" llama Maritain a la educación.

Los factores de la educación

Llegados a este punto, muy bien podremos distinguir tanto en la educación interna o activa cuya causa es el individuo mismo, es la educación estricta, como en la externa o pasiva cuya causa son agentes extrínsecos, una educación relativa u análoga: dos factores claramente diversos pero

necesarios e inseparables: el divino y el humano. La actuación de Dios, defendemos, es poderosamente real, providente y sapientísima. Luego sí, a pesar de ello, hay deficiencias lamentables en la conducta humana, la razón está en el elemento humano que falla contradiciendo el plan de Dios o no secundándolo.

El individuo ha de poner al servicio de Dios y de su propio perfeccionamiento humano y sobrenatural todas sus facultades, especialmente el entendimiento y la voluntad que son los dos pilares sustentadores de la personalidad.

Inmediatamente después viene la familia, sociedad primera y fundamental, bajo cuyo influjo inmediato está la niñez, tierna edad en que el hombre se deja conducir con absoluta sumisión y que es un período prácticamente decisivo en educación.

Indiscutiblemente, es la misma naturaleza la que da a los padres el derecho de educar a sus hijos iniciándoles en un criterio y en una norma moral cuya trascendencia sólo podrán conocer en la edad varonil.

Dice la "Casti connubii" de Pío XI: "No acaba con la procreación el beneficio de la prole, sino que es necesario que a aquella se añada la debida educación. Porque insuficientemente, en verdad, hubiera provisto Dios sapientísimo a los hijos, más aun a todo el género humano, si no hubiese encomendado el derecho y la obligación de educar a quienes dió el derecho y la potestad de engendrar".

Luego es la familia a la que compete naturalmente el derecho primario e inalienable de educar a los hijos que son un algo del padre y una como prolongación de su personalidad, según enseña la "Rerum Novarum".

Entonces ¿qué atribuciones se dejan al Estado con respecto a la educación?

Primero: No puede con instituciones arbitrarias o con procedimientos de acción social basados en sistemas filosóficos absurdos o insuficientes derogar y suprimir el orden ya establecido por mandato expreso de Dios y por exigencia natural de una sociedad que es anterior a la civil.

Segundo: Su derecho específico será el de proveer y ayudar con auxilios oportunos a la educación natural que imparte la familia y a la sobrenatural que proviene de la Iglesia.

En consecuencia debe promover la instrucción competente de sus súbditos con la fundación de escuelas, colegios, universidades y centros de cultura y beneficencia social. En otras palabras: preparar al individuo para que sea miembro digno y laborioso de la familia, de la Iglesia y del Estado.

Cómo educa la Iglesia

Siendo como es la Iglesia una institución esencialmente religiosa y sobrenatural dotada por su divino fundador de amplísimos poderes para conducir a los hombres hacia su fin último, reclama insistentemente sus derechos y defiende que en la presente economía del mundo no es legítima aquella educación que se imparta en disconformidad con las normas del Evangelio y sin miras a lo sobrenatural.

Esto supuesto, la tarea educativa de la Iglesia no es simplemente conducir a los hombres por los carriles de la naturaleza ordenada por la razón sino mucho más elevada todavía: levantarles al plano sobrenatural y hacerles crecer en la gracia santificante por la recepción frecuente de los santos sacramentos. Esta es su preocupación primaria y fundamental. Pero no la única, porque todo el conjunto de las ciencias profanas que hacen progresar al hombre y le perfeccionan en lo que llamamos "humanismo" son auxiliares poderosos e indispensables en la empresa de la superación

sobrenatural. El sujeto, pues, de la educación cristiana no es solamente el alma o sólo el hombre tal cual le conocemos por la razón, sino el hombre entero, caído y restaurado por la redención. Lo dice la "Divini illius Magistri" de Pío XI:

"Nunca hay que perder de vista que el sujeto de la educación cristiana es el hombre todo entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales, cual nos lo hacen conocer la recta razón y la revelación..."

Tal es, el concepto católico de la educación: basado en el concepto católico del universo. Según este, el fin de cada una de las partes del mundo está ordenado al fin de todo el mundo, y este fin universal es el que ha prefijado desde el principio, la causa de todos los seres que es Dios.

El hombre como parte superior que es en el conjunto de los seres creados tiene la misión de unir en cierta manera todas las partes del mundo para dar gloria a Dios. Este movimiento hacia tal fin es lo que constituye la educación católica.

Karl Marx y la educación

Casi nada escribió acerca de la educación. Pero como hemos visto, ahí donde hay concepto del universo, hay concepto de educación, y viceversa. Así, pues, la concepción materialista del mundo es la gran base del sistema comunista de la educación. Marx y Engels son los fundadores, Lenin y Stalin los comentadores. Y las dos piedras angulares, el materialismo histórico y el materialismo dialéctico.

Dios no existe. El orden, la vida, el pensamiento, el hombre, todo proviene de la materia por evolución de tesis, antítesis y síntesis. Y la materia es eterna! Este hombre es el mismo saltimbanqui del evolucionista Hegel pero con las manos asidas frenéticamente al suelo y con los pies apuntando a las estrellas. Este monstruo dialéctico habrá de explicarnos la filosofía de la vida. Y el educando del marxismo no será un hombre que tienda sus brazos anhelantes hacia la esperanza segura de una felicidad sobrenatural y eterna sino un animal raro que salió de la materia en gestación incierta y ridícula y que se encorva sobre la misma materia para hacer de su cuna el término final de su crecimiento y de su perfección.

La educación, nos asegura también el comunista, es un movimiento. Un movimiento progresivo, sistemático, orientado por una finalidad. Y esa finalidad es el establecimiento en el mundo de una sociedad sin clases sociales y consiguientemente sin odios, sin guerras, sin miserias, sin dolor. El paraíso comunista. El reino de la libertad y la igualdad.

La causa de todos los males, dice Marx, es la subordinación, luego el orden y la felicidad no consistirán en la coordinación armónica de los elementos pares y dispares sino en su ecualización.

Llegar a esta ansiada igualdad de clases, he ahí el trabajo. ¿Cómo lograrlo?

Resumamos en cinco proposiciones los fundamentos metafísico-sociales de la doctrina marxista de la educación:

1) Hay que descartar la familia, ese fenómeno social, dependiente de las condiciones económicas del tiempo y condenado a desaparecer desde el momento en que mejore dicha situación económica. Y la condición económica de nuestros tiempos es que un reducido sector de capitalistas se ha definido exageradamente en torno a la superabundancia de su dinero para oprimir a la mayoría proletaria. Cuando desaparezca el odioso capitalismo también desaparecerá la familia.

2) La familia, elemento disociativo y reaccionario, es una vieja institución que estorba la evolución materialística del comunismo con su prurito de conservar viejas costumbres, como el respeto a los padres y ancianos, violando los derechos de la libertad y la igualdad. Luego la familia es indigna e incapaz de impartir una buena educación a los individuos.

3) El individuo ha de someterse plenamente a la sociedad civil o Estado y dejarse guiar como miembro de una corporación que necesariamente ha de evolucionar a expensas de sus componentes. En otras palabras, el fin del hombre no es uno y universal sino variable según los individuos y circunstancias. El advenimiento a la suprema felicidad no puede lograrse sin el sacrificio ingente de miles de generaciones que quedarán en la historia como un mudo basamento de la generación dichosa que arrije la primera y la única al país de la estabilidad.

4) La producción o sea el acopio cada vez más creciente y sistemático de bienes materiales es el camino de la felicidad. Y para que todos los individuos puedan tomar parte activa en esta labor gigantesca de la humanidad que se abastece para ese viaje que emprenderá "hacia ninguna parte", deben ser educados con una "educación politécnica" que les haga peritos en todas las artes y dueños absolutos de la materia.

5) La educación politécnica impartida por la sociedad y en beneficio de la sociedad "*a societate, pro societate*" abarca al hombre en su doble aspecto de individuo y de ente social y sólo ella es capaz de armonizar estas dos exigencias contradictorias: la ecualización de los derechos y la libertad de todos de tal manera que en esa sociedad ideal pueda el individuo desarrollar todas sus potencias.

Tal es la doctrina del comunismo. En sus dos aspectos metafísico y práctico, especulativo y organizador, filosófico y político, es sumamente deprimente y envilecedora, porque no admite más realidad que la materia. El hombre es un gusano del lodo como un hongo curioso sin substancia trascendente, y, sin embargo, oh rebelde contradicción, dotado de una libertad absoluta al servicio de la materia y sin los vínculos humillantes del ser Primero que no existe.

Todo lo que se oponga al derecho de la libertad es moralmente malo.

La oposición con la doctrina católica no puede ser más radical. Nuestro Dios Infinito y Providente no sólo queda ofendido y provocado por la soberbia ignorante y ridícula de estos hombres, sino aniquilado y derribado del trono en que se coloca a la materia. La educación comunista es un proceso de desintegración, mientras la católica viene a ser integral y verdadera.

